

# OPERACIÓN TÍTRES



# OPERACIÓN TÍTERES

ENRIQUE LLORIÁN GONZÁLEZ



@ Copyright

*Del Texto:*  
Enrique Llorián González

*Imagen de la portada:*  
Cistina Llorián Marcos

*Diseño edición:*  
Eva Valero

*De la presente edición:*  
Grupo Sar Alejandría

*Edita:*  
Sar Alejandría Ediciones  
[www.editorialsaralejandria.com](http://www.editorialsaralejandria.com)  
[info@saralejandriaediciones.com](mailto:info@saralejandriaediciones.com)

ISBN: 978-84-19104-89-2  
Depósito Legal: CS 655-2023

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

*A mi mujer y a mi hija,  
por el tiempo que dejé de dedicarles  
mientras escribía esta novela.*

*A mis padres, por su apoyo incondicional  
durante toda la vida.  
Siento que no hayas llegado a verla, papá.*



## Prólogo

El sargento Vólkov notó como su piel se erizaba cuando se detuvo frente a la puerta del despacho. Solo tenía que dar un aviso, pero aquel oficial le ponía nervioso. Se lo había cruzado numerosas veces en los pasillos y el sargento siempre le había saludado de manera respetuosa sin recibir respuesta alguna, como quien es ignorado de la forma más despectiva.

Las pocas veces que el oficial se había dirigido a él desde que el sargento se incorporó al departamento, dos años atrás, había sido para llamarle la atención: el uniforme sin abrochar, las botas sucias, el pelo demasiado largo... Cualquier infracción, por desdeñable que pareciera, era percibida por el oficial como una desidia intolerable del sargento, así que este procuraba evitarle siempre que fuera posible.

En esta ocasión no lo había sido. La orden era directa.

El sargento tomó aire e intentó relajarse. “*A ver qué me dice esta vez*”, pensó. Llamó a la puerta y entró en el despacho.

— ¿Señor? —saludó cuadrándose.

Un hombre, sentado tras una mesa repleta de papeles, levantó la vista hacia él y volvió a bajarla al instante, sin responderle.

El coronel Bolodenka Fomin no destacaba por un carácter afable y la expresión de su rostro era fiel reflejo de ello. Las pronunciadas arrugas, el gran bigote blanco y una mirada penetrante, pinceladas de un pintor renacentista sobre el lienzo de una cara seria y aguileña, retrataban a una persona poco habladora, de trato áspero y distante, y al que ninguno de sus colaboradores le conocía amigos. El apodo de “*La esfinge*”, que había acompañado al coronel durante los últimos 40 años, estaba plenamente justificado, aunque eso nunca había parecido importarle demasiado.

Por otro lado, la reputación de la que gozaba le había convertido en una de las personas más influyentes del departamento. Sus visitas al despacho del director eran frecuentes, al igual que las llamadas que recibía del Kremlin. Era un hombre importante, sin duda.

—El director quiere verle, señor. Le espera en su despacho  
—El sargento Vólkov permaneció a la entrada, con la puerta abierta.

—Gracias —respondió el coronel de forma seca, sin mirarle.

El sargento cerró la puerta, suspiró aliviado y se alejó.

El coronel Fomin se incorporó con calma, guardó una carpeta en el cajón derecho del escritorio y comenzó a ordenar los papeles que había sobre el mismo, haciendo un solo montón con ellos. Cuando finalizó, puso la chaqueta y el sombrero militar, ajustó la visera, colocó correctamente la solapa del uniforme y se irguió, echando hacia atrás los hombros y estirando la espalda. La imagen era importante. Aunque ya habían pasado los tiempos de la gloriosa Unión Soviética, el aspecto de un oficial del ejército ruso debía seguir manteniendo el porte distinguido y altivo que siempre les había caracterizado, al contrario que el de los oficiales de los decadentes ejércitos occidentales.

Salió del despacho y cerró la puerta con llave; subió unas anchas escaleras de mármol situadas enfrente, y empezó a recorrer el largo pasillo de la tercera planta del edificio, lleno de ventanas, frente a las cuales, en la pared, destacaban tres grandes letras metálicas, **CBP**, que reflejaban los rayos de un molesto sol en su ocaso. Un poco más adelante, un símbolo similar a un blasón, formado por un águila bicéfala de color dorado con un pentagrama en el pecho y una espada en cada garra, otorgaba al edificio un marcado carácter oficial.

El coronel avanzó hasta llegar a una puerta doble de castaño de más de tres metros de alto que sobresalía entre todas las demás, evidenciando que el morador de aquel recinto no era una persona cualquiera. Por si había alguna duda, una placa colocada en la pared con la inscripción “Director” lo aclaraba de forma definitiva. Abrió la puerta y entró en una habitación, mezcla de recibidor y despacho, donde una mujer de edad madura tecleaba en su ordenador. Cuando la mujer se percató de su presencia, levantó la cabeza y dejó de escribir.

—Buenas tardes —saludó él—. El director me está esperando.

—Por supuesto coronel Fomin —respondió la mujer, nerviosa—. Ahora mismo le aviso. —Se levantó y salió por la puerta situada a la izquierda de la mesa, dejándolo solo.

El coronel se relajó y expulsó aire, bajando los hombros y permitiendo que la barriga volviera por unos instantes a su posición habitual.

Tres semanas. Llevaba tres semanas abundantes esperando una respuesta, desde el día en que presentó el dossier de 235 páginas que había estado elaborando durante más de 6 meses, trabajando tanto en la oficina como en casa de forma minuciosa, concienzuda, hasta completarlo en su más mínimo detalle... como corresponde a un analista del CBP.

El CBP (Служба Внешней Разведки, en alfabeto cirílico, y transliterado al alfabeto latino como Sluhba Vnëshney Razvedki, SVR) es el Servicio de Inteligencia Extranjera de la Federación Rusa. Fue creado en 1991 como continuación del Primer Alto Directorio del KGB, y entre sus misiones destacan la infiltración de agentes, contrainteligencia, y operaciones en el extranjero. Trabaja en estrecha cooperación con la inteligencia militar (GRU), y su director es nombrado por el presidente de la federación rusa al que debe informar semanalmente. Su sede central se encuentra en Yásenevo, Moscú, y también posee oficinas y agentes destinados en todos los continentes. El coronel era uno de ellos.

Desde que el joven teniente Bolodenka Fomin había salido de la academia militar con 23 años, siempre había mostrado una clara predilección por trabajar en temas de inteligencia, lo que le llevó, dos años después, a ser reclutado por el KGB.

La estructura del KGB estaba organizada en directorios, con un total de 18. Algunos, los más importantes, tenían el estatus de alto directorio, y entre ellos destacaba el Primer Alto Directorio, responsable de operaciones exteriores y contrainteligencia, lugar idóneo para un hombre con los dotes de observa-

ción y la perspicacia del joven teniente Fomin, y donde empezó a desarrollar su carrera en el mundo del espionaje.

Durante aquellos años, su prestigio aumentó de forma vertiginosa con cada una de las acciones que planificaba en el extranjero, trabajando como “asesor” en las distintas embajadas a las que era destinado. Su porcentaje de éxitos era cercano al 90%.

La desintegración de la Unión Soviética no supuso grandes cambios para el oficial, que pasó a formar parte de los servicios de inteligencia rusos tras la desaparición del KGB, con el mismo éxito que había tenido anteriormente. Llegó a ser considerado, en los círculos de poder del Kremlin, como el mejor analista del país en diplomacia occidental, principalmente de Estados Unidos y de la Unión Europea.

En 2007, con 60 años, el ya coronel Fomin era conocido por los servicios de inteligencia de medio mundo, y las medidas de vigilancia a las que era sometido cada vez que entraba en un país perteneciente al denominado “bloque occidental”, se extremaban de tal manera que le hacían imposible salir de la embajada rusa y recorrer apenas cien metros sin que un equipo de contraespionaje siguiera sus pasos. En ese momento, sus superiores decidieron que había llegado la hora de que dejara el trabajo de campo y siguiera con el mismo en la sede central, en Moscú, analizando los informes que recibía de los jóvenes agentes destinados en diversos países. Una vez analizados, el coronel planificaba las acciones que debían llevarse a cabo, tras el visto bueno del director del CBP y la posterior aprobación del Kremlin.

A principios de año, los informes que había recibido de distintas embajadas como respuesta a las más de 300 preguntas que trimestralmente les planteaba, rutinarias, en apariencia inocentes, casi absurdas para cualquiera que pudiera interceptarlas, indicaban que se daban las circunstancias idóneas para llevar a cabo el ambicioso plan que los últimos años había ronda-

do por su cabeza como una quimera y que ahora podría convertirse en realidad.

La puerta se abrió y la secretaria le hizo una seña, invitándole a entrar.

—Adelante, coronel.

Él volvió a cuadrarse, se quitó el sombrero y se atusó el pelo con la mano.

Cuando entró en el despacho fue recibido por un hombre vestido de traje, aparentemente de más de 60 años, bien llevados, sentado tras una enorme mesa de roble, tallada y de patas torneadas. El coronel se acercó a la mesa y saludó de forma militar, llevando la mano derecha a la sien.

—Siéntese coronel —le indicó el hombre sin levantarse—. Hemos estado estudiando atentamente el informe que nos ha presentado. Interesante. Muy interesante—dijo, empujando hacia él una carpeta que tenía sobre la mesa—. Yo diría que audaz. Aunque hay algunas partes con las que no todo el mundo está de acuerdo ¿Sabe a qué me refiero?

—No, señor.

—A la elección que ha hecho usted de los hombres; es algo arriesgada, ¿no cree?

—¿Y qué parte de nuestro trabajo no lo es? El mundo pertenece a los valientes. Si queremos obtener resultados concluyentes, es necesario arriesgarse.

—Arriesgarse es una cosa y correr riesgos innecesarios es otra. Esos hombres no son de fiar y podrían traicionarnos.

—No lo harán. Si les ofrecemos el trato que propongo en mi informe estoy seguro de que aceptarán. ¿Qué otra opción tienen?

—Aunque así fuera, no se trata solo de que acepten. La situación en la que se encuentran es una dificultad añadida, y a algunos les parece insalvable.

—¿Insalvable? ¿Desde cuándo lo que sucede dentro del territorio ruso es insalvable para el gobierno? ¿Tan débiles nos creen quienes afirman eso?

El director sonrió.

—Le veo a usted muy confiado.

—Así es. Estoy completamente convencido de que todo lo que presento en mi informe puede llevarse a cabo con éxito. La guerra, hoy en día, no se libra en campo abierto y con armas. Se libra en la sombra, manejando la voluntad de la gente hacia el lado que más interese, como marionetas movidas por hilos invisibles. Por eso, estos hombres son los más indicados.

—“Operación Títeres”—leyó el director en el dossier situado sobre la mesa—. Un nombre curioso con el que usted ha bautizado a la misión.

—Adecuado, diría yo.

El director asintió con la cabeza.

—Inglaterra y Estados Unidos son los dos objetivos que plantea a corto plazo. Y a continuación una terna de posibilidades: España, Bélgica, Italia, Alemania...

—Lo de Inglaterra y Estados Unidos es inminente. Dejar pasar la ocasión sería, con todo respeto, estúpido. En cuanto a los demás, dependerá de cómo evolucione la situación. España parece la más vulnerable a medio plazo, aunque tampoco descarto otros objetivos. Pero es importante empezar cuanto antes si queremos conseguir los fines señalados. Como ha podido leer en mi informe, todo está preparado, solo necesito que el Kremlin me dé luz verde —puntualizó el coronel.

—El Kremlin ya le ha dado luz verde. Aunque había algunas voces en contra, la mayoría le han respaldado. Yo entre ellos.

—Se lo agradezco. ¿Cuándo puedo empezar?

—Según expone en su dossier, la fecha límite para el comienzo de la misión es el 5 de octubre de 2014.

—Sí, señor. Calculo que necesitaremos dos meses de margen, como mínimo, para ejecutar la primera parte.

—Estamos a 12 de septiembre. Puede empezar ya. Tiene usted casi tres meses.

## Capítulo 1

### **Siberia. 16 de enero de 2015**

Un pequeño tragaluz situado frente a la puerta de entrada, a tres metros de altura, permitía vislumbrar de forma difusa el interior de un aposento insalubre de no más de ocho metros cuadrados, paredes grises mohosas, olor fétido y aire escaso y viciado.

Bajo el tragaluz, en la esquina derecha, se distinguía un camastro de patas metálicas atornilladas al suelo con restos de óxido en su mayor parte, sobre el que una tabla de madera de distintas tonalidades entre marrón y beige, según su grado de humedad, hacía la función de somier.

El colchón, polvoriento y agujereado, de cinco centímetros escasos de espesor, estaba relleno de lo que en su día probablemente fue lana y ahora era una masa gomosa, morada permanente de chinches y piojos siempre pendientes de la llegada de un nuevo inquilino.

En la otra esquina se encontraba el lavabo, con un canto roto y el fondo agrietado de color amarillo rojizo, salpicado por manchas negras de varios tamaños; la manija del viejo grifo de rosca, inclinada, amenazaba con salir de su asiento de un momento a otro.

Pegado a la pared izquierda, a la altura de los pies del camastro, el inodoro expelía un permanente y nauseabundo hedor proveniente de los restos de excrementos adheridos a sus paredes, acumulados durante los últimos días, semanas... o puede que meses. Una pequeña cisterna, con capacidad para un máximo de dos litros y que solo se cargaba una vez al día, se mostraba insuficiente para mantener la más mínima higiene.

En la pared opuesta al tragaluz, al lado de la puerta, un apolillado anaquel de madera sobre el que reposaba una manta doblada completaba la estancia. Ésta no contaba con iluminación artificial, enchufes, ni objeto alguno que precisara electricidad.

Cualquier desgraciado que tuviera el infortunio de encontrarse dentro, podía ver lo justo para lavarse y realizar sus nece-

sidades fisiológicas básicas, siempre que fuera de día y que las condiciones meteorológicas no fuesen demasiado adversas. Ese era el único objetivo del tragaluz. Ningún otro. Después de todo, se trataba de una celda de castigo, y poder ver el exterior era un privilegio al que su huésped no tenía derecho.

En esta ocasión, ese huésped era un hombre alto, de no más de setenta kilos, ojos azules, pelo rubio, barba de varios días y vestigios en su cara de haber sido sometido a un duro castigo: el labio inferior roto, un pómulo hinchado, un moratón en el ojo izquierdo, restos de sangre en la nariz... Una fina camiseta y unos pantalones por encima del tobillo componían la escasa vestimenta que le servía de uniforme, en el que destacaba la ausencia de calzado.

Se encontraba tumbado en el camastro, bocarriba, con las manos sobre el estómago, las piernas rectas, los pies colgando y los ojos fijos en el techo, mientras sus pensamientos parecían perdidos en algún lugar lejano. Su aspecto general era demacrado —aunque esta característica no podía considerarse como un distintivo respecto a los anteriores inquilinos— y aparentaba tener cerca de sesenta años, lo que quería decir que su edad real estaría próxima a los cuarenta.

Todo ello le confería la imagen de un hombre derrotado, hundido, sin ningún tipo de esperanza. Todo... excepto la expresión de sus ojos. Mantenía la mirada desafiante y orgullosa de quien no se da por vencido y no ha dicho aún su última palabra.

Se incorporó con un gesto de dolor, llevando una mano a las costillas, y se alejó del camastro caminando de espaldas, dando pasos cortos y con la vista alta, puesta en el tragaluz, mientras arrastraba una cadena de cerca de dos metros sujeta a una argolla que salía de la pared, bajo el lavabo, y que finalizaba en un grillete que rodeaba su tobillo derecho. Al cuarto paso, la cadena se tensó, recordándole de forma dolorosa que su recorrido tenía un límite. Se le escapó un pequeño grito de dolor y miró su tobillo, enrojecido. Después, alzó nuevamente la vista.

—Parece que empieza a anochecer. Deben ser cerca de las 4. Y sigue nevando.

Lo dijo en voz alta, como todas las ideas que habían pasado por su cabeza en los 12 días que llevaba encerrado en la celda de castigo. Era la única voz que podía oír. La única voz amiga. La de sus carceleros... era otra historia.

—Falta poco.

Llevó las manos al grillete y lo giró suavemente a izquierda y derecha, despegando aquel trozo de hierro, con el contorno marcado en el tobillo, que ya había provocado unos hematomas que amenazaban con levantarle la piel. Se acercó al lavabo y giró con cuidado la manija, intentando no desencajarla. Un rugido en la tubería anunció la llegada del agua, marrón en un principio, amarillenta después, y siempre con olor a mugre. Dejó salir un poco hasta que clareó, colocó debajo el vaso de plástico que había sobre el lavabo y lo llenó hasta la mitad. No podía derrochar agua. Solo disponía de tres litros diarios para beber y lavarse, aunque procuraba utilizar lo mínimo posible. El término potable era exagerado para el líquido que salía del grifo. Lo vertió poco a poco sobre el tobillo derecho, sintiendo un pequeño escozor. Posó el vaso, volvió al camastro y se echó. Permaneció en él, en una progresiva oscuridad, dormitando y escuchando, una vez más, el silbido del viento y el choque de la nieve contra el pequeño cristal.

Al cabo de un tiempo impreciso, unas pisadas en el exterior de la celda, cada vez más cercanas, le hicieron incorporarse.

—*El cambio de turno. Ya son las 9 de la noche.*

Las distintas horas del día las identificaba por los turnos de los guardias. Tras 12 días encerrado, conocía a la perfección las rutinas que debían cumplir: el primer turno, a las cinco de la mañana; el segundo, a la una del mediodía, y el tercero a las nueve de la noche. La primera obligación del guardia del nuevo turno, fuera de madrugada, tarde, o noche, era comprobar las celdas.

Los pasos se detuvieron ante la puerta. Esta tenía dos trampillas: una en la parte de arriba, abisagrada, para poder ver el interior, y tras la cual había dos barrotes en forma de cruz, y otra al nivel del suelo, corredera, utilizada para introducir pequeños objetos en la celda.

La trampilla superior se abrió un instante, apenas un par de segundos, y se cerró. A continuación, el ruido de una llave introduciéndose en la cerradura: un giro... dos... un cerrojo desplazándose... un segundo cerrojo... y la puerta finalmente se abrió. La iluminación exterior hizo que el convicto tuviera que poner la mano delante de la cara, evitando una luz demasiado intensa para unos ojos acostumbrados a la oscuridad.

La silueta de una gruesa figura masculina se perfiló en el umbral de la puerta, y su sombra se estiró a lo largo del suelo de la celda, hasta llegar a la pared del fondo.

— ¡Vaya pestilencia! —exclamó el hombre desde la entrada, reculando dos pasos y llevando una mano a la nariz. La luz del pasillo iluminó su cara en ese momento. Tenía el ojo derecho hinchado, mórbido, completamente cerrado, y rodeado por un enorme moratón que le cubría casi la mitad de la cara.

—Ni un cerdo podría vivir aquí dentro —dijo, acercándose nuevamente a la puerta. Después, se centró en el preso, sentado en la cama—. ¿Que tenemos aquí? ¡Pero si es nuestro querido Misha! ¿Has tenido un buen día? Yo sí. Acabo de cenar un buen guiso de carne y una botella de Kvas.

Misha no respondió.

El carcelero miró a su izquierda y señaló un pequeño bidón en el suelo.

—Aquí te traigo algo de comida. ¡Hummm, qué bien huele! Menudo banquete. Qué envidia me das —se rio—. No, creo que no —agregó, mientras seguía riéndose.

Del interior del bidón extrajo una cuchara alargada y un plato metálico lleno de abollones, que arrojó al suelo, cerca de la puerta.

— ¿Quieres saber una cosa? El almacén en el que guardamos esta comida antes de traerla está lleno de ratas. Se acercan a ella, la olisquean, y dan la vuelta. ¡No la comen! Ni siquiera las ratas se atreven con ella. ¡¡Jajajaja!!

Se agachó, introdujo la cuchara en el bidón y sacó una pasta blanca que azotó sobre el plato. Después lo empujó con el pie hacia el fondo, dejándolo bajo la cama.

— ¿Cómo llevas lo de la cadena? ¿Bien? Es solo para presos especiales, como tú. ¿Está bien apretado el grillete? Sí, seguro que sí. Me aseguré de ello cuando te lo puse. ¿No dices nada? Pues lo diré yo por ti. ¡No saldrás vivo de esta penitenciaría! Tan seguro como que mi nombre es Viktor. Es algo de lo que pienso ocuparme personalmente. ¡¡Casi me sacas un ojo, maldito hijo de puta!! —gritó. Después apretó los dientes—. Aún no puedo ver por él, y me duele, pero lo pagarás con tu vida. Si no coges alguna infección en esta celda, en los 9 días que te quedan, morirás de otra manera. Pero no será ahora. Será más adelante, dentro de tres años, cuando te falte poco para quedar en libertad. No quiero que mueras aún, antes debes pagar por lo que me has hecho, y pienso convertir tu vida en un infierno aún peor.

Dio la vuelta, y avanzó un paso.

—Y ahora voy a sentarme ahí fuera, a escuchar música y reposar la cena, calentito, y quizás eche un trago. Aquí dentro está muy frío. ¿No lo notas? Yo diría que hay unos... dos o tres grados. ¿Por qué no te cubres con la manta? —Señaló hacia el anaquel—. ¡Ah, es verdad! No llegas a cogerla— nuevas risas—. ¿Quieres que te la acerque, Misha? No, claro que no. Tú eres un tipo duro y no necesitas ninguna manta.

Salió de la celda, la cerró, y se alejó.

Misha esperó unos segundos, hasta oír cerrarse una segunda puerta. Se arrodilló y, a oscuras, tanteó con la mano izquierda bajo el camastro, moviéndola a uno y otro lado, hasta que palpó una masa pastosa. Llevaba más de 12 horas sin comer. Cogió el plato con la mano izquierda, se sentó sobre el colchón y usando la mano derecha de cuchara, introdujo comida en la boca tres veces. Después se levantó, se acercó al inodoro y vertió el resto de la comida. Dejó caer el plato al suelo, volvió al camastro y se tumbó en posición fetal, con la esperanza de poder dormir.

Las doce de la noche.

Viktor, recostado en la silla, con los pies cruzados sobre la mesa y la cabeza reclinada hacia la derecha, roncaba ruidosamente mientras en los auriculares conectados a la radio, “*Stay*”, una vieja melodía de finales de los 70, le servía de arrullo.

La puerta de la habitación se abrió con sigilo, y un hombre uniformado entró en el cuarto. Le miró con cara pícara, sonrió, y cerró dando un portazo. Viktor estuvo a punto de caerse de la silla.

—Maldito cabrón, estaba dormido. Vaya susto me has dado— le recriminó, a la vez que se quitaba los auriculares.

—Menudo guardia estás hecho —respondió el recién llegado mientras se acercaba—. Ya son los doce. ¿Has revisado la celda?

—No. Ahora voy —Viktor bajó los pies al suelo.

—Deja. Yo lo hago.

—Te lo agradezco, no tengo ganas de levantarme. ¿Qué tal todo?

—Bien. Los de la ronda están preparándose para salir.

—¿Van a salir con este temporal? Están locos. Afortunadamente, hoy no me toca a mí.

—Sí. Es una noche de perros. —El guardia se acercó a un armario colgado en la pared en el que había varios mazos de llaves, eligió uno de ellos y se dirigió a la puerta del fondo. La abrió con una de las llaves, y salió de la habitación—. Ahora vuelvo.

Viktor bostezó y se estiró en la silla. Sacó un paquete de cigarrillos del bolso derecho de la chaqueta y encendió uno.

Cinco minutos más tarde, su compañero volvió a entrar.

—Ese desgraciado estaba medio dormido. No sé cómo puede hacerlo, yo sería incapaz de dormir en esas condiciones.

—Misha es una rata. Y las ratas se acostumbran a todo.

—Esta es una rata muy dura.

—No te preocupes. Yo me encargaré de ir ablandándola.

—¿Qué tal el ojo?

—Aún no lo puedo abrir. El médico dice que si todo va bien, veré en dos semanas.

—Seguro que todo va bien. Más tarde volveré a pasar.

—De acuerdo.

El guardia dejó las llaves sobre la mesa, dio la vuelta y salió. Viktor cruzó los pies sobre ella y se adormiló otra vez, escuchando la música.

La noche seguía avanzando. El reloj colgado en la pared chasqueó el sonido metálico habitual cada vez que la aguja grande coincidía en el centro del número 12, marcando las horas. Viktor levantó la cabeza del libro que estaba leyendo y miró el reloj: las tres de la mañana. La hora de hacer una nueva comprobación. Cada tres horas debía revisarse la celda de castigo. Era la norma, aunque no todos la cumplían. Pero él, sí. Nunca había escapado ningún recluso, ese no era el motivo; oficialmente se trataba de “evitar” un nuevo suicidio que sería el cuarto en los últimos dos años, aunque lo cierto es que eso a nadie le importaba.

— *¡Qué estupidez!* —pensó Viktor mientras se incorporaba—. *Si alguien se quiere suicidar que se suicide. Una escoria menos. Además, quien quisiera hacerlo tendría tiempo de sobra. Tres horas dan para suicidarse varias veces.*

Posó el libro abierto sobre la mesa y cogió las llaves que su compañero había dejado allí encima. En ese instante, las luces se apagaron, quedando únicamente encendidos los pequeños pilotos de emergencia.

— ¡Maldita sea, otra vez! —exclamó mirando la lámpara del techo. Rodeó la mesa en la penumbra, abrió un cajón y extrajo de él una linterna metálica, alargada. La encendió y salió con ella por la puerta del fondo, accediendo al pasillo que servía de antesala a las seis celdas de castigo, situadas tres a cada lado. Se dirigió, una vez más, a la tercera de ellas a la derecha, la única ocupada. Abrió la trampilla superior de la puerta y miró hacia el interior, iluminando con la linterna. Misha se encontraba tumbado en el camastro, durmiendo.

— ¡Eh, ponte de pie, quiero verte!

Ni se inmutó.

— ¿No me oyes? ¡Te he dicho que te pongas de pie!

Siguió sin hacer ningún caso.

Viktor corrió los dos cerrojos exteriores, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Entró un metro y medio en la celda, de forma impulsiva, y se detuvo. No podía acercarse más. Si lo hacía, entraría en el radio de la cadena de Misha, a su alcance.

— ¡Levántate o voy a por la manguera!

Misha se incorporó.

—Estaba durmiendo —dijo en un bostezo.

— ¡La próxima vez que no me contestes cuando te llame, te despertaré con un chorro de agua!

La luz de la linterna recorrió el interior de la celda: empezó por el camastro y siguió por el lavabo, las paredes y el inodoro. No había mucho que revisar, y todo parecía en orden. Apuntó finalmente al suelo, iluminándolo de forma rápida... cuando un destello, reflejo de la luz de la linterna, apareció fugazmente en el techo. Viktor volvió hacia atrás buscando el origen del destello. Era el plato que Misha había dejado en el suelo, al lado del camastro, y cuya superficie plateada había actuado como un espejo.

— ¿Por qué sigue ahí el plato? Sabes que tienes que acercarlo a la puerta cuando has acabado. Empújalo con el pie.

Misha dio una patada al plato y este fue a parar al lado de la pared, detrás de la puerta.

—Maldito imbécil. ¿No lo sabes empujar de frente?

Viktor dio la vuelta, se acercó a la pared y se agachó de manera patosa. Estaba algo cansado y tenía sueño. Cogió el plato con la mano izquierda y se incorporó, resoplando... sin percatarse de que Misha se encontraba tras él, a un metro escaso. Se giró, y un inesperado puñetazo en la nariz le lanzó tras la puerta. Chocó bruscamente contra la pared, golpeándose en la cabeza, y se deslizó hacia el suelo. Misha empujó la puerta con el pie, cerrándola. Viktor, tumbado en el suelo, medio aturdido, miró hacia él... y una expresión de pánico apareció en su cara.

— ¡No puede ser! ¿Cómo te has soltado? —preguntó con la nariz ensangrentada—. ¡Socorro! —empezó a gritar—. ¡¡Socorrooo...!!

Misha se agachó, le arrebató la linterna de un fuerte tirón y comenzó a golpearle con ella. Un golpe, otro, otro... El haz de

luz subía y bajaba de manera impetuosa, acompañado por los gritos de Viktor que resonaban con un eco aterrador en el interior de la celda, mientras los ojos de Misha se iluminaban con cada golpe. Hasta que esos gritos se apagaron, dando paso a un chorreo de sangre y un crujir de huesos, que finalizó con un fuerte golpe en la garganta. Viktor quedó inmóvil en el suelo con la cara destrozada, y la tráquea partida en dos.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Misha, teñido de rojo.

— ¿Quién ha acabado con quién? —retó, arrimando su cara a la de Viktor. Le escupió, soltó la linterna, que pese a estar rota aún alumbraba, y le desabrochó la chaqueta. Movi6 el cuerpo a uno y otro lado, sacó las mangas, y tiro con fuerza hasta que se quedó con la chaqueta en las manos. Se la puso y la abrochó. Hacía frío. Después le quitó las botas y las probó. — *¡Me sirven!* — Y por último, el reloj.

—*Las tres y cuarto. Falta media hora.*

Se acercó a la manta, situada sobre el anaquel, la desdobló y la colocó alrededor de los hombros. Abrió la puerta de la celda, sacó las llaves de la cerradura y volvió dentro. Se sentó en el suelo, al lado de la puerta, con la espalda apoyada en la pared, la mirada en el cadáver del guardia y una expresión triunfal en su cara.